

**ANTOLOGÍA
DE
NOVELAS
DEL
OESTE**

TOMO I

La revista norteamericana *The Saturday Evening Post* ha realizado la presente selección escogiendo los mejores relatos del Oeste publicados en sus páginas durante los últimos sesenta años. Las diecinueve narraciones que contiene este volumen presentan sin duda, un estilo cuidado, y resultan de lectura fácil y amena. Lo que puedan tener en ocasiones de ingenuo, queda compensado por el colorido del ambiente y la gran fuerza de atracción que tiene todo tema de acción presentado con soltura. El asunto, la trama del episodio, que en ocasiones se repite, ya lo conocemos: la inevitable caravana que se adentra por tierra peligrosa, el no menos inevitable *saloon*, el linchamiento injusto, las galopadas, las flechas que silban, los tiros, los puñetazos... y casi siempre girando todo ello alrededor del eterno tema sentimental. En algunas ocasiones, sin embargo, como en «El diablo en el desierto», el autor se aparta del tema clásico, y da mayor profundidad a su historia. Pero tenemos siempre narraciones —reducidas cada una a un solo episodio— con enorme poder de sugestión. Entre los autores seleccionados figuran Conrad Richter, Paul Horgan y MacKinlay Kantor, los tres ganadores del Premio Pulitzer, el más alto galardón literario de Norteamérica.

Índice de contenido

Introducción

La ley del látigo. — Prentiss Combs

Senda de forajidos. — S. Omar Barker

Diligencia a Yuma. — Marvin Devries

Estrategia femenina. — Cliff Farrell

La dama de la quebrada roja. — Michael Fessier

La prueba del tormento. — Williams Forrest

La boda de Rayo de Luna. — Bill Gulick

Una viuda del valle de Santa Ana. — Bret Harte

La senda del hombre muerto. — Ernest Haycox

¡Vienen los Dakotahs! — McKinlay Kantor

Cómo llegó a Cheyenne Mr. Hickok. — Alfred Henry Lewis

El linchamiento. — Morgan Lewis

La sonrisa del muerto. — Eugene Manlove Rhodes

Un vaquero de primera. — Luke Short

El oro del huésped. — Stewart Edward White

El pistolero. — Robert Patrick Wilmot

El caballo regalado. — Owen Wister

El diablo en el desierto. — Paul Horgan

Humo sobre la pradera. — Conrad Richter

Notas

INTRODUCCIÓN

Un tema importante en la novelística de los últimos tiempos —al menos desde hace un siglo— ha sido, en todos los países, pero muy especialmente, claro está, en Norteamérica, la aventura del hombre blanco en el lejano Oeste. Como tema de acción, el cine lo ha popularizado extraordinariamente, al igual que ha sucedido con el tema policíaco. Y al igual que ha sucedido con este último, el episodio en el Oeste no ha sido presentado siempre —como tampoco en el cine— con la atención y el cuidado que requiere toda la producción literaria. Con la preocupación de darle nivel superior —que en la traducción se ha conservado con todo cuidado— la revista norteamericana The Saturday Evenin Post ha realizado la presente selección escogiendo los mejores relatos del Oeste publicados en sus páginas durante los últimos sesenta años. Las diecinueve narraciones que contiene este volumen presentan sin duda, un estilo cuidado, y resultan de lectura fácil y amena. Lo que puedan tener en ocasiones de ingenuo, queda compensado por el colorido del ambiente y la gran fuerza de atracción que tiene todo tema de acción presentado con soltura. El asunto, la trama del episodio, que en ocasiones se repite, ya lo conocemos: la inevitable caravana que se adentra por tierra peligrosa, el no menos inevitable saloon, el linchamiento injusto, las galopadas, las flechas que silban, los tiros, los puñetazos... y casi siempre girando todo ello alrededor del eterno tema sentimental. En algunas ocasiones, sin embargo, como en «El diablo en el desierto», el autor se aparta del tema clásico, y da mayor profun-

didad a su historia. Pero tenemos siempre narraciones —reducidas cada una a un solo episodio— con enorme poder de sugestión. Entre los autores seleccionados figuran Conrad Richter, Paul Horgan y MacKinlay Kantor, los tres ganadores del Premio Pulitzer, el más alto galardón literario de Norteamérica.

LA LEY DEL LÁTIGO

PRENTISS COMBS

PADRAIC Conmaire era un hombre con un camino trazado. Y un hombre debe seguir hasta el final el camino que ha escogido. Fangoso o seco, rocoso o llano, un hombre no puede volverse atrás. Puede cambiar su nombre, sus vestidos y el lugar donde vive, pero no puede renunciar a la aventura emprendida.

Padraic Conmaire procedía de Ballyshannon. Tenía el pelo dorado y los ojos color verde mar. Descendía de reyes y en su rostro de facciones agradables destacaba el prominente arco de una noble nariz, delgada y sensitiva como la de un profeta. Era un compositor de melodías, y todas sus melodías hablaban de Deirdre, pálida y rubia, con nombre de princesa antigua. Deirdre era la luz de Ballyshannon y todo el mundo de Padraic Conmaire y la piedra imán que le arrastraba a la conquista de un reino para sí mismo y para su princesa.

Pero en Irlanda corrían malos tiempos y su búsqueda incesante de un lugar donde establecerse le condujo de fracaso en fracaso. Y el hambre empezaba a dejar sus huellas en los ojos de Padraic y en el enfermizo rostro de su esposa. Hasta que un día, Padraic susurró unas palabras en los encantadores oídos de Deirdre:

—Voy a marcharme a América. Tres meses allí, y tus manos de hada no podrán contener el oro que te enviaré. Dentro de un año, a lo sumo, seré el Caballero Padraic Conmaire, llevaré chistera y ricos trajes, recorreré mis pose-

siones en un corcel de pura sangre y mi encantadora esposa, Deirdre, llevará guantes de terciopelo y lucirá las joyas más hermosas del mundo.

Era una fábula maravillosa. Deirdre la creyó, y, lo que es peor, también la creyó el propio Padraic. Pero América no era lo que contaban las fábulas. La vida era dura y Padraic Conmaire uno más en la legión de los soñadores que pretendían conquistar la riqueza rápidamente. Los más débiles se quedaban en las ciudades. Los orgullosos y los tenaces se dirigían hacia el Oeste a través de las montañas y llanuras. Allí se construía un ferrocarril. Un trabajo duro y una paga escasa, pero un hombre debe empezar por algo. La aventura era superior a las fuerzas de muchos, y algunos morían, pero el número de los aventureros iba siempre en aumento.

Padraic Conmaire era un hombre orgulloso. ¿Podía un hombre orgulloso escribir a su reina que no recogía el oro a manos llenas por las calles? ¿Podría escribirle que pasaría un año antes de que tuviera un centavo que pudiera llamar suyo? Indudablemente, no. Lo único que podía hacer era seguir ayunando y trabajar.

El día de paga era un día de borracheras en el campamento, mas Padraic se limitaba a remojar su gaznate. En aquella ocasión, sin embargo, se le acercó un robusto mestizo, con el cuello y los hombros de un toro de lidia. Clavó sus ojos de cerdo en él y le insultó soezmente.

—Voy a demostrarte lo que son los hombres —dijo.

Padraic se echó a reír. Era un hermoso día, con el dinero de Deirdre en su bolsillo.

—Vamos a verlo —respondió suavemente.

Los dos se despojaron de la camisa. Debajo de su piel blanca, el cuerpo de Padraic Conmaire era un manojó de músculos.

El mestizo era fuerte y rápido, y la espalda de Padraic estableció contacto con el suelo más de una vez. Pero se levantaba rápidamente, y sus puños eran diestros. Final-

mente, consiguió asestar a su amigo un terrible golpe que le hizo desplomarse inconscientemente: su cabeza chocó sordamente contra uno de los raíles.

De este modo el dinero de Deirdre tuvo que servir para pagar los gastos de hospital del mestizo, que tuvo que ser conducido a la ciudad. Lo poco que le quedaba se lo gastó Padraic en bebida.

Poco antes del día de paga del siguiente trimestre, llegó un tren de trabajadores. El último en descender fue Michael Noolan, de Ballyshannon. Un hombre amargado, enclenque, cuya lengua destilaba toda la amargura de su corazón. Sus ojos estaban más hundidos que nunca.

—¡Michael Noolan! —gritó Padraic con su voz cantarina—. ¿Traes alguna noticia para mí?

—Sí, Padraic Conmaire, te traigo una noticia —respondió lentamente, con los ojos clavados en Padraic.

Y mientras Padraic se acercaba a él, los azules ojos de Noolan se llenaron de lágrimas. Pronunció una sola palabra, pero aquella palabra detuvo tan en seco la carrera de Padraic como lo hubiera hecho un balazo.

—¡Deirdre! —sollozó.

—¡No! —gritó Padraic—. ¡No me digas que ha muerto!

—Asesinada —murmuró Michael Noolan tristemente.

A Padraic no se le hubiera ocurrido nunca que el pequeño Michael Noolan estuviera enamorado de Gold Deirdre. Pero en aquel momento supo que había muerto en brazos de Michael.

—¿Quién la asesinó? —preguntó Padraic, sintiendo que la locura se apoderaba de él.

—Los asesinos fueron tres, Padraic. La tristeza, el hambre y el orgulloso Padraic Conmaire. Nunca le enviaste un penique, orgulloso Paddy. No le enviaste nunca ni una sola línea, ni un solo penique.

El rostro de Padraic se quedó tan pálido como el de un cadáver. Al verlo, Michael Noolan se volvió de espaldas,

con una leve sonrisa en sus descoloridos labios: había esperado mucho tiempo que llegara aquel instante.

Padraic abatió sus hombros y empezó a andar. Dejó atrás el camino de hierro y siguió adelante, por la inmensidad de la llanura. Al oscurecer no era más que una pequeña sombra avanzando sobre el desolado paisaje. Caminó durante toda la noche con el mismo paso decidido. Al amanecer del día siguiente Padraic estaba caído en el polvo, con la lengua demasiado hinchada para que pudiera caber en su boca.

De lo primero que se dio cuenta, al recobrar el conocimiento, fue de la frescura del agua que llenaba su boca; luego, una mano amable sostuvo su cabeza, en tanto que una voz pronunciaba algunas palabras en un idioma desconocido. Padraic alzó la mirada hacia un rostro moreno, en el que destacaban unos ojos negros, grandes y melancólicos, y una profunda cicatriz que lo cruzaba de parte a parte. A su alrededor, en semicírculo, habían ocho o diez jinetes que llevaban unos grandes sombreros y muchos adornos de plata. Al frente de ellos, montado en un enorme caballo negro, vio a un hombre con la marca del poder y del diablo grabada en él como con un hierro candente. Con sólo mirarle, supo que aquel hombre era un jefe, que su nombre andaba de boca en boca y que nadie hablaba bien de él. Era un gigante y en sus ojos negros brillaba una luz salvaje y demoníaca. Su ancho rostro estaba picado de viruelas. Resopló mientras le sonreía a Padraic, como resopla un caballo nervioso obligado a permanecer quieto.

—Levántate y echa a andar, gringo —ordenó rudamente. Padraic denegó lentamente con la cabeza.

—Entonces, voy a hacer que te muevas.

Era un hermoso látigo. Relucía en el pomo de la extraña silla, y en la inmensa mano del hombre pareció convertirse en una cosa viva, dibujando una S en el aire. Cayó sobre Padraic dos veces. Los dientes del hombrón, al abrir su boca en una carcajada, eran amarillos. Padraic, el orgulloso

Padraic, obedeció al látigo y anduvo cuatro, seis, ocho pasos antes de volver a caer. El siguiente latigazo le hirió en pleno rostro, aplastando su nariz. Padraic quedó inmóvil.

Despertó con la confusa sensación de que la pata de un caballo golpeaba su rostro. Estaba tendido boca abajo, de través, sobre un caballo en movimiento. Una mano amable palmeó su espalda y una voz conocida volvió a hablarle en aquel extraño idioma. A veces era de día, a veces de noche. El agua se deslizaba a través de su garganta y deliraba a consecuencia de la fiebre.

Cuando recobró por completo la conciencia estaba en la cama. En el exterior no se oía el menor ruido. Al lado de la cama había una jarra de barro llena de agua, y Padraic bebió ansiosamente. Volvió a quedarse dormido. Al despertar de nuevo se sintió hambriento, con una hambre saludable.

Anduvo con paso incierto por un largo y fresco corredor, hasta salir a un patio lleno de árboles, en cuyo centro manaba agua de una fuente. En alguna parte sonó el tañido de una campana.

Detrás de él habló una voz profunda y amable. Padraic se volvió y se encontró ante un fraile.

—Bienvenido, Lázaro —dijo el fraile en inglés—. Por fin has conseguido levantarte de la tumba.

Era un hombre alto, robusto, de pelo canoso y amables ojos castaños.

—¿Es bueno estar vivo? —preguntó, con una sonrisa. Padraic aspiró profundamente y encontró que era bueno.

—¿Dónde estoy, y quién me ha traído aquí? —inquirió.

—Estás en la Misión de San Gabriel. El pequeño Eusebio obró el milagro.

—¿Un hombrecillo moreno, con una cicatriz en el rostro?

—Sí. La cicatriz es obra del Sátiro. Algunos le llaman también «el Fuerte». El nombre le cuadra perfectamente. Con el látigo y con las mujeres es el mismo Satanás. Euse-

bio arriesgó su vida para traerte hasta aquí. El Sátiro te dejó para que murieras.

—Entonces, ¿es que no existe Ley aquí? —preguntó Padraic.

—Estamos en Méjico, amigo mío. El Sátiro es la Ley.

El fraile miró a Padraic con sus amables ojos y le hizo una pregunta:

—¿Eres un perseguido?

Padraic denegó lentamente con la cabeza.

—¿Puede un hombre encontrarse a sí mismo? —preguntó a su vez.

Y el fraile respondió a la extraña pregunta tristemente, sospechando su significado:

—Sígueme, y deja que los muertos entierren a sus muertos.

Así fue como Padraic Conmaire entró a formar parte de la Misión. Sus fuerzas volvieron a él rápidamente, pero su nariz había quedado destrozada y sus ojos ya no eran los ojos sonrientes de un soñador. Ahora estaban apagados por completo. Padraic era un hombre acabado. Estaba convencido de que su lucha con el mestizo había matado a Deirdre, y sabía que nunca más podría volver a golpear a un hombre con rabia.

Los meses fueron deslizándose plácidamente. Trabajaban, dormían, y hablaban muy poco. Si el Sátiro llegaba al pueblo de la Misión a emborracharse con su cuadrilla, Padraic abandonaba su celda para pasar la noche al raso, durmiendo bajo las estrellas. No quería verse obligado a luchar. A su lado, tembloroso y preocupado, estaba el pequeño Eusebio, que había salvado su vida. Mientras contemplaba las estrellas, Padraic recordó que no había dado nunca las gracias a Eusebio por su acción.

La vida en la Misión era muy tranquila. Los mejicanos y los indios trabajaban poco, dormían largas siestas al calor

de la tarde, y al llegar la noche poblaban el aire con sonidos de canciones y de guitarras. El fraile poseía un corazón de los más comprensivos. Poco a poco, fragmento a fragmento, había llegado a conocer toda la historia de Padraic. Era un hombre cargado de paciencia, que nunca trataba de violentar las confidencias de un alma.

—Lázaro —le dijo un día a Padraic, llamándole por el nombre que el pueblo le había aplicado—, quiero pedirte un favor. A orillas del río, hay un trozo de terreno del que nadie se ocupa. Podrías edificar una pequeña casa y plantar maíz y legumbres. Eusebio te ayudaría.

Padraic le miró con sus ojos inexpresivos y asintió.

—Todo me da lo mismo, Padre —murmuró.

La preparación del suelo, la siembra, la inquietud por los tallos que nacen, la alegría de la cosecha, pueden curar muchas cosas. Por lo pronto, le hacen sentirse a uno convertido en una parte del misterioso ciclo de la tierra.

Edificar una casa es también una hermosa tarea. Especialmente una casa hecha de adobes, una especie de ladrillos de barro mezclado con paja. Cada ladrillo recibe la caricia de una mano humana. Padraic confeccionaba los ladrillos, acariciándolos y moldeándolos, y los dejaba secar al sol. Luego los iba colocando, uno encima de otro, y al tiempo que la pared crecía, algo nuevo crecía también en su interior. Cuando la casa estuvo terminada, Padraic y Eusebio la decoraron con madera de sauce y cuerpo crudo. En los suaves atardeceres se sentaban en el umbral, fumando y contemplando el lento ritmo de la vida a su alrededor: el parpadeo de las fogatas, los juegos de los niños, el paso de las mujeres cargadas con los cántaros... Aquello era un bálsamo para Padraic.

El Padre iba muchas noches a fumar una pipa en su compañía y a charlar un rato con ellos.

No era raro que las muchachas pasaran ante la casa de Lázaro. Las madres enviaban a sus hijas a pasear por allí: Lázaro era un hombre guapo, a pesar de la marca que ha-

bía dejado en él el látigo del Sático, y muy trabajador. Padraic no las miraba siquiera.

Pero un atardecer pasó una muchacha distinta a todas las demás. Acarreaba una vasija llena de agua en la cabeza, llevaba los pies descalzos y su paso era tan leve como el de una gacela, sus senos firmes y su rostro tan claro y despejado como un amanecer.

El Padre suspiró.

—¡Dios mío! —murmuró en voz baja—. A veces, ser un ministro del Señor resulta muy duro. Esa pobre huérfana se ve obligada a ir de casa en casa, golpeada y despreciada por todos. Nadie, si no yo, se preocupa de ella. El Sático le echó la vista encima en su última visita, y la próxima vez que venga se la llevará con él. La tendrá a su lado unas cuantas semanas, y luego se la regalará a alguno de sus hombres como un trasto viejo. ¿Y qué puedo hacer yo?

Movió pensativamente la cabeza, mientras Padraic experimentaba la sensación de que algo se rompía en su interior.

La muchacha volvió a pasar el atardecer siguiente, y el otro; y el Padre volvía a mover pensativamente la cabeza y a suspirar.

Padraic alzó la cabeza, siguió con la mirada el gracioso caminar de la muchacha y preguntó en voz baja:

—¿Cómo se llama?

—María de la Luz —respondió rápidamente el fraile—. Un nombre que le encaja perfectamente. Es como un rayo de sol. Y pensar que pueda caer en las garras de aquella bestia... —Miró de reojo a Padraic—. Desde luego, si un hombre se casara con ella se evitaría ese peligro. Incluso el Sático siente respeto hacia el sacramento del matrimonio. ¡Pobrecilla!

De repente, agarró por el brazo a Padraic.

—Te lo pido por el amor de Dios, Lázaro. Tráela a tu casa. Cásate con ella. Ayúdame a salvarla de las garras de ese malvado.

Padraic se estremeció.

—Padre —murmuró—, sabe usted muy bien que yo no soy un hombre.

—Te lo suplico por amor de Dios.

Y Padraic, sin comprender el súbito anhelo que se había despertado en él, accedió. Fue una boda sencilla. Cuando salieron de la iglesia para dirigirse a la pequeña casa de Padraic, María de la Luz se quedó atrás, con las demás mujeres.

Padraic se detuvo, la cogió cariñosamente del brazo y la hizo andar a su lado. La sonrisa de su esposa, tímida y agradecida, llenó su corazón de una profunda dicha.

Así fue cómo Padraic Conmaire se apartó del camino que se había trazado y llevó a María de la Luz a vivir a su casa. Ella tenía un hombre para protegerla, y Padraic una mujer cariñosa para cuidarle. Pero habían otras pequeñeces que él podía hacer por ella y agradecerle, de modo que Padraic pudo empezar a pensar en otras cosas, además de en sí mismo.

Un atardecer, el Padre llegó a la casa y encontró en ella algo que hizo asomar a su rostro una sonrisa de felicidad. No había imaginado siquiera que «aquello» pudiera ocurrir tan pronto. Y no estuvo realmente seguro hasta que vio a Padraic acariciar tiernamente los hermosos cabellos de María de la Luz. En aquella casa había entrado el amor. En la suave oscuridad de una noche, los dos esposos se habían encontrado a sí mismos. Aquellos dos pobres seres habían encontrado el maravilloso regalo del amor. Sus dos vidas se habían fundido en una, y el espectáculo de su felicidad era digno de verse.

Padraic no había hecho ningún voto mientras estuvo en la Misión, pero su profunda aversión a la violencia había arraigado profundamente en su corazón.

Un indio penetró en su maizal para robar una gran cantidad de maíz, y Padraic no dijo una sola palabra. El perezoso Emeterio dejó que sus vacas pisotearan las huertas de